

Jiménez, José Demetrio

Mismidad, alteridad, comunidad: algunos desafíos actuales de la filosofía

Tábano Nº 7, 2011

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Jiménez, José Demetrio. "Mismidad, alteridad, comunidad : algunos desafíos actuales de la filosofía" [en línea]. *Tábano*, 7 (2011). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/mismidad-alteridad-comunidad-jimenez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

JOSÉ DEMETRIO JIMÉNEZ, OSA

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE ARGENTINA

MISMIDAD, ALTERIDAD, COMUNIDAD

ALGUNOS DESAFÍOS ACTUALES DE LA FILOSOFÍA

Recibido: Julio 2011

Admitido: Agosto 2011

RESUMEN

El autor reflexiona sobre la esencia de la filosofía como la búsqueda amorosa de verdad y sabiduría. De la mano de san Agustín pero también de otros grandes pensadores, vuelve sobre diferentes características del ejercicio filosófico: la humildad, la compañía, la obediencia, la *pietas*, la sensatez... Así llega a tres coordenadas básicas que se resumen en *mismidad*, *alteridad*, y *comunidad*.

PALABRAS CLAVE

Filosofía. Mismidad. Alteridad. Comunidad.

RESUMO

O autor reflete sobre a essência da filosofia como busca amorosa de verdade e sabedoria. Pelas mãos de Santo Agostinho, mas também de outros grandes pensadores, retorna em diferentes características do exercício filosófico: a humildade, a companhia, a obediência, a *pietas*, a sensatez... É assim que ele chega às três coordenadas básicas, resumidas em *mesmidade*, *alteridade*, *comunidade*.

PALAVRAS-CHAVE

Filosofia. Mesmidade. Alteridade. Comunidade.

Para quienes de jóvenes nos aproximábamos académicamente a la filosofía y pretendíamos ser “progres” en la Iglesia y desde el pensamiento, acudíamos con cierta asiduidad al Lejano Oriente, que nos fascinaba con

razón y, además, con sus razones. Lo hacíamos frecuentemente sin reconocer la grandeza de la tradición en la que nacimos, crecimos y nos sostenía. Y que era en verdad la que posibilitaba que vislumbrásemos luz en esos otros horizontes. Por eso algunos nos sentíamos identificados con unos versos del poeta Antonio Machado, que interpretábamos como novedad: “Hombre occidental/ tu miedo al Oriente,/ ¿es miedo a dormir o a despertar?”.

La vida, y con ella la filosofía, concede nuevas oportunidades, el don de otras aproximaciones sin alarde ni presunción. No faltan quienes nos acercan esta providencia sin hacerse notar. Porque uno piensa y cree que es verdad lo que piensa. Es la *filosofía-razón*. También puede llegar a pensar lo que cree. Y es el *amor «a», «por» y «de» la sabiduría*, que a uno lo hace salir de sí mismo (*trascendencia*), por lo que llega a conocer al otro y reconocerse en él (*alteridad*), eso que genera lazos y relaciones (*amistad*) que explicitan lo mejor de uno.

Que la filosofía sea en su etimología *amor «a», «por» y «de» la sabiduría* es un acontecimiento no sólo relevante, sino también ineludible, que no conviene ni obviar ni olvidar. Quiere decir, entre otras cosas, que «no se entra en la verdad sino por el amor», comentaba san Agustín (*Réplica a Fausto, maniqueo* 32, 18). *Veritas* latina, *alétheia* griega, *'emet* hebrea. El verbo hebreo *'aman*, de donde viene «amén», significa firme, bien fundado, sobre lo que se puede edificar. La verdad no es prioritariamente la realidad misma que se des-oculta en la interpretación heideggeriana (*a-lethes*), tampoco en primera instancia la conformidad de lo que se dice con lo que es (*veritas*), sino concretamente aquello a lo que uno se abre por el hecho de estar manifiesto sin haberse uno dado cuenta, hacia lo que uno tiende y aspira recibir, sobre lo que puede edificarse la casa de la vida, el hogar del hombre, su mundo de relaciones. Es camino de por vida y tiene que ver fundamentalmente con su búsqueda, que es un *acontecimiento vital*.¹

Leyendo el libro *Hortensio* de Cicerón san Agustín se sintió “estimulado al estudio de la sabiduría. El caso es que –confesaba– iba atrasando la tarea de su búsqueda”, porque “no ya el hallazgo de la sabiduría, sino la simple búsqueda debería haber gozado de prioridad frente a todos los tesoros” (*Confesiones* 8, 7, 17).

La búsqueda de la verdad y su hallazgo comportan una *paradoja*: se pierde la certeza de que hay algo que poseer y uno pasa a ser seducido por lo que encuentra, porque no se sabe bien quién encontró a quién, quién conoció a quién y quién se sintió reconocido. Por eso la búsqueda de la verdad es, en

primer lugar, *exploración*. Es *–mutatis mutandis–* como la *patria*. Uno habita su tierra, la de sus padres, en la que fue engendrado. Esa tierra me pertenece en tanto reconozco que le pertenezco. He edificado mi hogar sobre este suelo, esta tierra ofrece fundamento a los cimientos de mi casa. Pero no debo encerrarme en esa mi casa. Aunque me alberga y ampara –precisamente por ello–, necesito salir, porque aún queda mucha tierra patria por explorar, frondosos bosques que conocer, hermosos valles que transitar, elevadísimos cerros que ascender... Y, sobre todo, muchas personas con las que encontrarme, que también son de aquí y andan buscando.

Cuando uno se adentra en tierra ignota se trazan caminos sin que el territorio sea conquistado. En la búsqueda de la sabiduría hay caminos trazados, pero es cada uno quien ha de transitarlos. Necesitamos, quizá, optar por hacerlo en compañía y atender a los consejos de los sabios que diseñan mapas, cual geógrafos del espíritu...

La filosofía supone, en este sentido, el cultivo de la *humildad*. Esto por una obviedad: ni lo sabemos todo ni todo lo podemos. Más bien es muy poco lo que sabemos y podemos. Por eso nos necesitamos. San Agustín lo expresaba en una de sus cartas: “El primer paso en la búsqueda de la verdad es la humildad. El segundo, la humildad. El tercero, la humildad. Y el último, la humildad. Esto no significa que la humildad sea la única virtud necesaria para el encuentro y disfrute de la verdad. Pero si todas las demás virtudes no van precedidas, acompañadas y seguidas por la humildad, la soberbia se abrirá paso entre ellas y destruirá sus buenas intenciones” (*Carta* 118, 3, 22; cf. *Sermón* 96, 3; *Confesiones* 7, 7, 11). No en vano es nuestra condición. Es propio del hombre plantar las raíces de la vida en la tierra de la humildad, aunque sea una cuestión que con frecuencia dejemos de lado. *Homo, humus, humilitas...* Es ésta una tierra que hemos de cuidar, porque en ella han sido depositadas semillas que cultivar... *Cuidado, cultivo, cultura, culto...*

La filosofía comporta también un ejercicio de *compañía*, diríamos de solidaridad, de cultivo del bien común, de generación de lazos y relaciones, de lo que siendo diferentes podemos hacer juntos, ni lo tuyo ni lo mío sino lo nuestro, a saber: *communitas*. Al respecto dice san Agustín: “*Procuraremos sobrellevar mutuamente nuestras cargas...* (Ef 4, 2-3). Escuchen esta bonita ilustración tomada del mundo animal. Según los entendidos en la materia, cuando los ciervos atraviesan un brazo de mar hasta una isla en busca de pastos, se organizan de tal modo que llevan los unos sobre los otros las cargas de sus cabezas con la cornamenta, de tal manera que el que va detrás coloca su cabeza sobre el anterior, llevando el cuello levantado. Y como es

necesario que haya uno que, siendo el primero de todos, no tiene delante de él en quien apoyar la cabeza, dicen que hacen lo siguiente por turno: que cuando el que va primero se ha cansado de la carga de su cabeza se pone el último y le sucede aquel cuya cabeza llevaba cuando iba primero. De ese modo, llevando sus cargas mutuamente, pasan el brazo de mar hasta que llegan a tierra firme” (*Las 83 diversas cuestiones* 71, 1).

La filosofía es, también por esto, un ejercicio de *obediencia*. *Pensar* es en filosofía el ejercicio de la inteligencia dirigido a conocer el orden cualitativo de lo real. *Inteligencia* es el modo humano de acceder a la realidad, o mejor, de ser y estar en ella: somos capaces de captar significativamente las manifestaciones de lo real, sabemos que conocemos y podemos llegar a conocer lo que sabemos, somos conscientes, tenemos conciencia de que algo es (*saber*) y podemos llegar a cerciorarnos de qué es (*conocer*). El filósofo cuenta con la posibilidad de afrontar el pensamiento de la realidad de dos maneras: 1º Puede llegar a conocer por la interrelación de ideas a partir de experiencias previas, de tal manera que acceda a la experiencia de algo nuevo por la vía del discurso; 2º A veces, sin embargo, vivimos situaciones que no suceden porque las pensemos, sino que las pensamos porque (nos) han sucedido, porque han *afectado* nuestra condición de seres inteligentes e intentamos *comprenderlas*, integrarlas en nuestro horizonte vital para aceptarlas o rechazarlas. Así sucede, por ejemplo, con el amor, que es *pensable* o por lo que uno ha vivido o por lo que otros dicen de él, pero al que no se llega pensando. A esto puede denominarse «buscar las razones de lo que se vive», o de lo que otros dicen que viven. Pensar es, en este sentido, *ponderar*, sopesar, escuchar el ritmo de cada ser en el lugar que le es propio, obedecer (*ob-audire*), atender al orden de la realidad. Desde esta perspectiva, y en expresión de María Zambrano, peculiar discípula de José Ortega y Gasset, el pensamiento hace del hombre “el ser que padece su propia trascendencia”.² En su vida se manifiestan dimensiones de realidad que no afronta directamente desde criterios discursivos, pero que –por darse– se ve en la imperiosa necesidad de *pensar*.

La filosofía, por ello, es un ejercicio de *pietas* en su más genuino sentido: de conocimiento, reconocimiento y respeto de la realidad. El movimiento fundamental del pensamiento es la *reflexión*. Reflexionar es ir y venir constantemente, volviendo de modo reiterado y cuantas veces fuere necesario hacia atrás para impulsar el salto hacia adelante. Es captar lo que es porque ha sido, aunque fuese de otra manera, en su movimiento constante hacia lo que será. Reflexionar es, por eso, *a-prender*, es la tensión misma de

pensar el ser, y consiste en *en-tender*: tensión constante para “que este pajarillo que es el ser no escape a las redes del pensamiento”,³ para “darle a la caza alcance”, supongamos que dijese san Juan de la Cruz desde otra perspectiva.

La filosofía es un ejercicio de *sensatez*. El hombre es *animal inteligente*, mas no por ser la sede del pensamiento (cuando así lo pensamos decaemos en la insensatez de fundamentalismos e integristas), sino por tratarse de “aquel animal en el cual transita el *lógos* –el lenguaje”.⁴ Así interpreta R. Panikkar el *tó zóon tòn lógon éjon*. El hombre es el animal por el que transita el *lógos*, y nunca se queda quieto. El *lógos* fluye, es él el que viene, no nosotros los que vamos. Y lo que el filósofo hace es *meditar*, darse cuenta, cerciorarse. La gran tentación del filósofo ha sido apresar la realidad en su pensamiento, en lugar de pensarla y transitar en ella del modo como el *lógos* transita en uno, pausado, sopesado. En la vida hay siempre algo que queda ahí, velado, excediendo el pensamiento del ser, más allá o más acá –según se mire–, y que está fuera del alcance del decir de la voz (*ex vox*). Hay algo que excede el pensamiento porque no se llega a ello pensando, sino que se piensa una vez que uno se ha encontrado con ello, o se ha dado cuenta de dónde estaba, o se ha reconocido como estando. De lo que cabe decir también que es *sustento*, substrato, «substante». El pensamiento sólo progresa en tensión constante, y esta tensión se la procura eso que le excede, lo excedente, lo excesivo, en este sentido *extático*.

Tal vez sea a esto a lo que se refiere Ortega y Gasset cuando habla de *lo que hay*, que es lo que al filósofo le interesa⁵; o Platón, cuando dice que *hay un ser del no-ser*, como existe lo bello y lo no-bello, y lo no-bello es,⁶ o cuando Xavier Zubiri comenta que el problema fundamental de la filosofía no es la pregunta por el ser, sino por *lo que está más allá del ser* (o más acá), el *proón* de la tradición neoplatónica.⁷ Eso que existe y que hace tomar conciencia de la existencia, lo antecedente y lo consecuente, a la vez pre-ser, ante-ser, en lo que “vivimos, nos movemos y somos” (Hch 17, 28), *insistente* diría Ismael Quiles. Quizá a esto se refiere Eugenio Trías cuando dice que “la razón, *lógos*, no puede autofundarse”.⁸ Es decir, que hay algo previo al pensamiento que no cesa de *insistir* e insinuarse como condición de posibilidad del *lógos*, que el *lógos* evoca (*ex vox*), pero no nombra. Porque lo auténticamente relevante para el pensamiento no es “cómo sea el mundo... sino *que sea*”, decía Wittgenstein en el *Tractatus Logico-Philosophicus* (6.44) y denominaba “lo místico”. Que nosotros seamos en él por el *misterio del ser*. Ser que me hace ser lo que soy y que me saca de mí para

plenificarme, porque no soy sin el otro –prójimo–, porque el otro es primero –hermano–, porque me revela mi identidad, porque me da la oportunidad de sacar lo mejor de mí, la imagen de Dios que soy, tal como refiere la Biblia. Por eso la filosofía es también un ejercicio de *compasión*.

Parece que hay algo que se *rebela* al pensamiento, es decir, que se le resiste, en el sentido de que aparece sin ser pensado, y a lo que sólo se accede en su (auto) *revelación*. Eso que resalta, por ejemplo, en las imágenes poéticas, y que no es fruto de impulsos o de ecos del pasado, sino resplandor en el que *repercute* el ser, resuena, eso en que el hombre se halla envuelto y la realidad implicada. Su estudio es una auténtica *ontología*.

Narra el célebre jesuita Anthony de Mello...

– «*Usted perdone*», le dijo un pez a otro. «*Es usted más viejo y con más experiencia que yo y probablemente podrá usted ayudarme. Dígame: ¿dónde puedo encontrar eso que llaman Océano? He estado buscándolo por todas partes, sin resultado*».

– «*¿El Océano?*», respondió el viejo pez a modo de pregunta. «*¡Estás en él!*».

– «*Vamos a ver*», replicó el presuntuoso joven. «*¡Lo que yo quiero es que usted me señale el camino que he de seguir para llegar al Océano!*».

– «*¿El Océano?*», reiteró el viejo pez. «*¡Estás en él!*».

Muy disgustado, el joven pez se marchó en busca de otro maestro, pensando que este viejo no sabía la respuesta...

Somos lo que somos, como somos y lo que hacemos con ello. Así se configura nuestro “quien”. En esto están nuestros límites, también nuestras posibilidades. Es indispensable conocernos y reconocernos para desplegar del mejor modo nuestro ser. Y, siendo lo que somos, somos *en* lo que nos sostiene. “En Él vivimos, nos movemos y somos, como dijeron algunos de sus poetas”, expuso san Pablo a los atenienses según el relato de los Hechos de los Apóstoles (17, 28). De aquí emergen los más grandes desafíos filosóficos. La eternidad de cada instante, la realidad del presentimiento, el desafío de la inteligencia. Ser, sentir y saber; ser en, sentirse con, saberse de; vivir, desvivirse, convivir; yo, tú, nosotros; *mismidad, alteridad, comunidad...*

Como hombres y como filósofos, escribía Ismael Quiles, “estamos rodeados del misterio... Querer huir de él es para el filósofo un imposible, como lo es para el hombre el querer huir de Dios. Parafraseando la célebre frase de san Agustín, de que para el hombre «huir de Dios» es «huir dentro

de Dios», podemos decir que para el filósofo «huir del misterio» es «huir dentro del misterio».⁹

En este transitar la vida por el misterio, la filosofía se reconoce siempre *in fieri*. No tiene que ver tanto con un titánico esfuerzo de conquista cuanto con el gozo del descubrimiento, de la búsqueda sin término, de la adhesión personal a lo que “llena la capacidad de quien le busca y hace más capaz a quien le halla, para que, cuando pueda recibir más, torne a buscarle para verse lleno... Aquí busquemos siempre, y que el fruto de haber hallado no sea el término de la búsqueda. Y no decimos *siempre* porque sólo aquí haya que buscar, sino que decimos que aquí hay que buscar siempre, para que no pensemos que en algún tiempo debemos cesar de buscar”, dice san Agustín (*Tratado sobre el Evangelio de san Juan* 63, 1).

“Cogito, ergo sum”, decía Descartes. Según cita Ramón E. Ruiz-Pesce, Franz von Baader dijo “cogitor, ergo sum”. Soy porque soy pensado. “Benjamín Aybar, un filósofo tucumano, en su libro *Ontología del alma*, disputando desde santo Tomás de Aquino con la filosofía contemporánea, sostiene que el principio debe desplazarse del «cogito» al «amo», y afirma «amo, ergo sum»”.¹⁰

¿Y qué es el amor? Ovidio lo decía así en su *Ars amandi*: “Es un no sé qué, viene por no sé dónde, le envía no sé quién, se engendra no sé cómo, se contesta con no sé qué, y finalmente, sin romper las carnes de fuera, nos desangra las entrañas de dentro”.¹¹ De él dice Vladimir Jankélevitch que “no puede surgir de método alguno, sino que el método sólo puede salir del amor, verdadero origen de la experiencia moral. Como asegura el refrán, «obras son amores y no buenas razones». Varón bueno, sentenciaba san Agustín, se llama con razón no al que conoce el bien, sino al que lo ama. Las charlas de sobremesa están muy bien; el papel todo lo aguanta, pero la acción es la prueba de la verdad, «la palabra es la sombra de la acción» (Demócrito), la cual dice: «no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy», «esto que hay que hacer soy yo quien lo debe hacer»”.¹² Soy lo que soy porque *soy en, por* y *con*: amado, sostenido, relacionado. Esto vale la pena pensarlo, nos hace bien, dice verdad...

Quienes nos precedieron han delineado mapas de la tierra filosófica que transitaron y en cuyo camino cultivaron amistades. No somos nosotros de los que nos quedamos con el plano desplegado sobre la mesa señalando con el dedo un trayecto y considerando que vamos a llegar a la meta de esta manera. Los mapas están hechos para ayudarnos a transitar un camino que

nadie hará por nosotros y que corresponde hacer en compañía. De esto se trata, incluso cuando en la noche los planos no se vean, los caminos resulten peligrosos, o los derrumbes hagan desaparecer las sendas...

Cada tarde el sol se oculta para nosotros cuando se va para iluminar otros pagos. La noche invita a descansar. Regresará con la aurora y sus afanes. La realidad continúa abierta para que nosotros pensemos la vida, busquemos sus razones y le ofrezcamos las nuestras.

¹ Cf. LÉON-DUFOUR, X., «Verdad», en: IDEM (dir.), *Vocabulario de Teología Bíblica*, Barcelona, Herder, 1982¹², 930-935.

² ZAMBRANO, M. *El sueño creador*, Turner, Madrid 1986, 53.

³ PANIKKAR, R., “Símbolo y simbolización. La diferencia simbólica. Para una lectura intercultural del símbolo”, en: KERÉNYI, K. y otros (dirs.), *Arquetipos y símbolos colectivos*, Barcelona, Anthropos, 1994, 386.

⁴ *Ibid.*, 385.

⁵ Cf. ORTEGA Y GASSET, J., *¿Qué es filosofía?*, Madrid, Revista de Occidente, 1960², 86.

⁶ *Sofista* 237a-259d.

⁷ ZUBIRI, X., “En torno al problema de Dios”, en: ÍDEM, *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, Editora Nacional, 1944, 446-453; “Hegel y el problema metafísico”, en: *ibid.*, 300.

⁸ TRÍAS, E., *Pensar la religión*, Barcelona, Destino, 1997, 163.

⁹ QUILES, I., *Filosofía y religión: Obras, 4: Filosofía y religión*, Buenos Aires, Ediciones Depalma, 1985, 274.

¹⁰ RUIZ-PESCE, R., “Creatividad, ser y analogía caritatis. Santo Tomás de Aquino entre Jerusalén y Atenas”, en: UNSTA (ed.), *Fe y razón. Encuentro y mediación*, Actas de las I Jornadas de Estudio sobre el Pensamiento Patristico y Medieval, Tucumán, UNSTA, 2002, 192.

¹¹ OVIDIO, *Ars amandi*, Madrid, Alianza, 1994 (citado en DÍAZ, C., *Soy amado, luego existo*, vol. I: *Yo y tú*, Bilbao, DDB, 1999, 162).

¹² JANKÉLEVITCH, V., *Le sérieux dans l'intention*, tomo I, Paris, Flammarion, 1983, p. 328 (citado en *ibid.*, 163-164).